

Romeo y Julieta

Dramatis personæ

ESCALO, Príncipe de Verona.

PARIS, joven noble, pariente del Príncipe.

MONTESCO }
CAPULETO } Jefes de dos casas
 } enemistadas entre sí.

Un ANCIANO, de la familia de Capuleto.

ROMEEO, hijo de Montesco.

MERCUCIO, pariente del Príncipe y amigo de Romeo.

BENVOLIO, sobrino de Montesco y amigo de Romeo.

TEOBALDO, sobrino de lady Capuleto.

FRAY JUAN }
FRAY LORENZO } Franciscanos.

BALTASAR, criado de Romeo.

GREGORIO }
SANSÓN } Criados de Capuleto.

PEDRO, criado de la nodriza de Julieta.

ABRAHÁN, criado de Montesco.

Un BOTICARIO.

Tres MÚSICOS.

EL PAJE DE MERCUCIO.

EL PAJE DE PARIS.

Otro PAJE.

UN CABO DE RONDA.

LADY MONTESCO, esposa de Montesco.

LADY CAPULETO, esposa de Capuleto.

JULIETA, hija de Capuleto.

LA NODRIZA DE JULIETA.

Ciudadanos de Verona; Hombres y Mujeres, deudos de
ambas casas; Enmascarados, Guardias, Alguaciles y
acompañamiento.

ESCENA.- Verona; Mantua.

Acto primero

Prólogo

Entra el CORO

CORO.— En la bella Verona, donde situamos nuestra escena, dos familias, iguales una y otra en abolengo, impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios, en los que la sangre ciudadana tiñe ciudadanas manos.

De la entraña fatal de estos dos enemigos cobraron vida bajo contraria estrella dos amantes, cuya desventura y lastimoso término entierra con su muerte la lucha de sus progenitores.

Los trágicos pasajes de su amor, sellado con la muerte, y la constante saña de sus padres, que nada pudo aplacar sino el fin de sus hijos, va a ser durante dos horas el asunto de nuestra representación.

Si la escucháis con atención benévola, procuraremos enmendar con nuestro celo las faltas que hubiere.
(Sale).

Verona.— Una plaza pública

Entran SANSÓN y GREGORIO, de la casa de Capuleto, armados con espadas y broqueles

SANSÓN.— ¡A fe mía, Gregorio, que no soportaremos más la carga!

GREGORIO.— No, porque entonces nos tomarían por burros.

SANSÓN.— Quiero decir, que si nos encolerizamos, sacaremos la espada.

GREGORIO.— Sí; pero procura, mientras vivas, no sacar más que tu cuello de la collera.

SANSÓN.— ¡Yo pego pronto, como me muevan!

GREGORIO.— Pero no te sientes pronto movido a pegar.

SANSÓN.— ¡Un perro de la casa de Montesco me mueve!

GREGORIO.— ¡Moverse es ir de acá para allá; y ser valiente, esperar a pie firme! De modo que si te vuelves, inicias la huida.

SANSÓN.— ¡Un perro de esa casa me moverá a estar firme! ¡Yo le tomaré la acera a todo criado o doncella de los Montesco!

GREGORIO.— Eso indica que eres un débil esclavo, pues sólo los débiles se arriman a la pared.

SANSÓN.— Es verdad, y por eso las mujeres, como vasijas débiles, son empujadas siempre a la pared. Por tanto, echaré a los criados de Montesco de la pared y arri-maré a ella a sus doncellas.

GREGORIO.— La contienda es entre nuestros amos y entre nosotros sus criados.

SANSÓN.— Igual me da. ¡Me mostraré tirano! Cuando me haya batido con los sirvientes, seré cruel con las doncellas. Les voy a cortar la cabeza.

GREGORIO.— ¿La cabeza de las doncellas?

SANSÓN.— Sí, la cabeza de las doncellas, o su doncellez. ¡Tómalo en el sentido que quieras!

GREGORIO.— Quienes habrán de tomarlo en algún sentido serán los que lo sientan.

SANSÓN.— ¡Pues me sentirán mientras pueda tenerme en pie, y es sabido, soy un bonito pedazo de carne!

GREGORIO.— Más vale que no seas pescado; de serlo, estarías convertido en un pobre Juan. ¡Saca tu herramienta, que vienen dos de la casa de los Montesco!

Entran ABRAHÁN y BALTASAR

SANSÓN.— ¡Ya está desnuda mi arma! Provócalos; te guardaré las espaldas.

GREGORIO.— ¡Cómo! ¿Volviendo las tuyas echando a correr?

SANSÓN.— ¡De mí no temas!

GREGORIO.— ¡No, por mi fe! ¡Temerte yo!

SANSÓN.— Tengamos la ley de nuestra parte. Que empiecen ellos.

GREGORIO.— ¡Frunciré el entrecejo al pasar, y que lo tomen como quieran!

SANSÓN.— ¡No, que se atrevan! Me morderé el pulgar mirándolos, lo cual es un oprobio para ellos, si lo aguantan.

ABRAHÁN.— ¿Os mordéis el pulgar por nosotros, caballeros?

SANSÓN.— Me muerdo el pulgar, caballero.

ABRAHÁN.— ¿Os mordéis el pulgar por nosotros, caballero?

SANSÓN.— (*Aparte, a GREGORIO*). ¿Está la ley de nuestra parte si le digo que sí?

GREGORIO.— (*Aparte, a SANSÓN*). No.

SANSÓN.— No, caballero; no me muerdo el pulgar por vosotros; pero me muerdo el pulgar, caballero.

GREGORIO.— ¿Buscáis pendencia, caballero?

ABRAHÁN.— ¿Pendencia, caballero? No, señor.

SANSÓN.— Porque si la buscáis, caballero, estoy a vuestras órdenes. Sirvo a un amo tan bueno como el vuestro.

ABRAHÁN.— Pero no mejor.

SANSÓN.— Corriente, caballero.

Entra BENVOLIO

GREGORIO.— (*Aparte, a SANSÓN*). Di mejor, que allí llega un pariente de mi amo.

SANSÓN.— ¡Sí, mejor, caballero!

ABRAHÁN.— ¡Mentís!

SANSÓN.— ¡Desenvainad, si sois hombres! ¡Gregorio, acuérdate de tu estocada maestra! (*Riñen*).

BENVOLIO.— ¡Separaos, imbéciles!... (*Abatiendo sus espadas*). ¡Envainad vuestras espadas! ¡No sabéis lo que estáis haciendo!

Entra TEOBALDO

TEOBALDO.— ¡Qué! ¿Con el acero desnudo entre esos cobardes villanos?... ¡Vuélvete, Benvolio, y contempla tu muerte!

BENVOLIO.— ¡No hago sino mantener la paz! Envaina tu espada o ayúdame con ella a separar a estos hombres.

TEOBALDO.— ¡Cómo! ¡Espada en mano y hablar de paz! ¡Odio esa palabra, como odio el infierno, a todos los Montesco y a ti! ¡Defiéndete, cobarde! (*Luchan*).

Entran varios individuos de ambas casas, que toman parte en la refriega; y después, CIUDADANOS con garrotes y partesanas

CIUDADANOS.— ¡Garrotes, picas y partesanas! ¡Duro! ¡Dad en tierra con ello! ¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

Entran CAPULETO, *vestido con su bata*, y LADY CAPULETO

CAPULETO.— ¿Qué ruido es este? ¡A ver, mi espada de combate! ¡Venga!

LADY CAPULETO.— ¡Una muleta, una muleta! ¿Para qué pedís una espada?

CAPULETO.— ¡Mi espada digo! ¡El viejo Montesco llega y blande su hoja a despecho mío!

Entran MONTESCO y LADY MONTESCO

MONTESCO.— ¡Tú, villano Capuleto!... ¡No me detengáis, dejadme!

LADY MONTESCO.— ¡No darás un paso para ir en busca de un enemigo!

Entra el PRÍNCIPE *con su séquito*

PRÍNCIPE.— ¡Vasallos revoltosos, enemigos de la paz, profanadores de esos aceros, que mancháis con la sangre de vuestros vecinos!... ¿No escucharán? ¡Cómo! ¡Vaya! ¡Hombres, fieras, que apagáis el fuego de vuestro furor insensato con purpúreos torrentes que brotan de vuestras venas, bajo pena de tormento, arrojad al suelo, de esas manos sangrientas, vuestras mal templadas armas, y oíd la sentencia de vuestro enojado príncipe! Tres reyertas intestinadas, nacidas de una vana palabra, por ti, viejo Capuleto, y por ti, Montesco, han turbado tres veces la quietud de nuestras calles; y los ancianos habitantes de Verona se han visto obligados a despojarse de sus graves y decentes prendas para manejar viejas partesanas, con manos igualmente viejas y corroídas por la paz, con el fin de atajar vuestro corroído odio. Si en lo sucesivo promovéis nuevos desórdenes en nuestras

calles, vuestras vidas pagarán el quebrantamiento de la paz. Por esta vez retiraos todos. Vos, Capuleto, vendréis conmigo, y vos, Montesco, id esta tarde, para saber nuestra ulterior resolución en este asunto, a la antigua Villafranca, nuestro habitual punto de justicia. ¡Lo repito: bajo pena de muerte, retírese todo el mundo! (*Salen todos, menos* MONTESCO, LADY MONTESCO y BENVOLIO).

MONTESCO.— ¿Quién ha vuelto a despertar esta antigua discordia? Hablad, sobrino. ¿Os hallabais presente cuando comenzó?

BENVOLIO.— Estaban aquí riñendo cuerpo a cuerpo vuestros criados y los de vuestro enemigo, antes de yo llegar. Desenvainé, con intención de separarlos, cuando en aquel momento acude Teobaldo con su espada dispuesta, quien, lanzando provocaciones a mis oídos, la agitaba sobre mi cabeza, hendiendo los aires, que, sin recibir daño alguno, silbaban haciéndome burla. En tanto nos devolvíamos tajos y reveses, venía más y más gente y peleaba a favor de una y otra parte, hasta que llegó el príncipe, que despartió las dos partes.

LADY MONTESCO.— ¡Oh! ¿Dónde está Romeo? ¿Le habéis visto hoy? Celebro infinito que no se encontrara en esta refriega.

BENVOLIO.— Señora, una hora antes que el sol idolatrado asomara por los áureos balcones del Oriente, una intranquilidad de ánimo me impulsó a pasear por las afueras, donde, bajo el vergel de sicomoros que crece al poniente de la ciudad, distinguí a vuestro hijo, paseando en hora tan temprana. Me encaminé hacia él; pero esquivó mi vista y se internó en la espesura

de la arboleda. Yo, midiendo sus afecciones por las mías, que nunca son más activas que en medio de la mayor soledad, seguí mi capricho sin perseguir el suyo, y gustoso evité a quien gustoso huía de mí.

MONTESCO.— Allí le han visto más de una mañana, aumentando con sus lágrimas el fresco rocío de la aurora y añadiendo a las nubes nuevas nubes con sus hondos suspiros; pero apenas el sol, que a todo alegría y anima, allá, en los confines del Oriente comienza a descorrer las densas cortinas del lecho del alba, mi triste hijo vuelve al hogar, huyendo de la luz, y se aprisiona en su estancia, cierra las ventanas, echa cerrojos a la hermosa luz del día y se forja a sí propio una noche artificial. Deplorable y fatal será este humor extraño, a menos que un buen consejo pueda remediar la causa.

BENVOLIO.— ¿Sabéis la causa, noble tío?

MONTESCO.— Ni la sé, ni logro conseguir que la descubra.

BENVOLIO.— ¿Le habéis tanteado de alguna manera?

MONTESCO.— Así yo como otros muchos amigos; pero él, consejero de sus propias afecciones, es para sus adentros, no diré tan fiel, pero sí tan impenetrable y cerrado, tan inasequible a la indagación y al sondeo, como el capullo roído por envidioso gusano antes que pueda desplegar al aire sus delicados pétalos o dedicar al sol su belleza. Si averiguáramos siquiera el origen de su pesar tan gustosos seríamos en remediarlo como en conocerlo.

BENVOLIO.— Miradle dónde viene. Retiraos, os ruego. Sabré la causa de su aflicción, o muy reservado se mostrará conmigo.

MONTESCO.— ¡Ojalá a solas con él tengas la suerte de oírle una confesión sincera! Vamos, señora, retirémonos. (*Salen MONTESCO y LADY MONTESCO*).

Entra ROMEO

BENVOLIO.— ¡Feliz madrugada, primo!

ROMEO.— ¿Es tan joven el día?

BENVOLIO.— Acaban de dar las nueve.

ROMEO.— ¡Ay de mí! ¡Qué largas parecen las horas tristes!
¿Era mi padre el que se alejaba de aquí tan aprisa?

BENVOLIO.— Lo era. ¿Qué pesadumbre alarga las horas de Romeo?

ROMEO.— El no poseer lo que, poseído, las abrevia.

BENVOLIO.— ¿En amor?

ROMEO.— Privado...

BENVOLIO.— ¿De amor?

ROMEO.— Privado de los favores de aquella a quien adoro.

BENVOLIO.— ¡Ay! ¡Que el amor, tan gentil en la apariencia, haya de ser tan cruel y tirano en la prueba!

ROMEO.— ¡Ay! ¡Que el amor, que lleva siempre vendada la vista, halle sin los ojos camino franco a su voluntad! ¿Dónde comeremos? ¡Mísero de mí! ¿Qué reyerta ha habido aquí? Mas no me lo digas, pues todo lo he oído. Mucho da que hacer aquí el odio, pero más el amor. Por tanto, pues, ¡oh amor pendenciero! ¡Oh odio amoroso! ¡Oh suma de todo, primer engendro de la nada! ¡Oh pesada ligereza, grave frivolidad! ¡Informe caos de seductoras formas! ¡Pluma de plomo, humo resplandeciente, fuego helado, robustez enferma, sueño en

perpetua vigilia, que no es lo que es! Tal es el amor que siento sin sentir en tal amor amor alguno. ¿No te ríes?

BENVOLIO.— No, primo; más bien lloro.

ROMEO.— Buen corazón, ¿de qué?

BENVOLIO.— Del agobio de tu buen corazón.

ROMEO.— ¡Qué quieres, achaques son de amor! Mis propios pesares abruman mi pecho, que se acrecientan más con los tuyos. Ese afecto que me has mostrado añade nuevo pesar al exceso del mío. El amor es humo engendrado por el hálito de los suspiros. Si lo alientan, es chispeante fuego en los ojos de los enamorados. Si lo contrarían, un mar nutrido con lágrimas de amantes. ¿Qué otra cosa más? Cuerdísima locura, hiel que endulza y almíbar que amarga. ¡Adiós, primo mío!

BENVOLIO.— ¡Aguardad! Quiero acompañaros. Si así me dejáis, me ofendéis.

ROMEO.— ¡Calla! Yo me he perdido, yo no estoy aquí. Este no es Romeo. ¡Romeo está en otra parte!

BENVOLIO.— Dime en serio: ¿de quién estás enamorado?

ROMEO.— ¡Cómo! ¿Tendré que decírtelo sollozando?

BENVOLIO.— ¡Sollozando! ¿Por qué? No, sino que me digas seriamente de quién es.

ROMEO.— Pídele a un enfermo que haga en serio su testamento. ¡Ah, qué consejo de tan mal efecto para uno que tan mal está! En serio, primo: adoro a una mujer.

BENVOLIO.— Bien cerca apuntaba cuando te supuse enamorado.

ROMEO.— ¡Certo y buen tirador! ¡Y que es gentil la que adoro!